

sí no la realiza un ser viviente en particular, y sumando particulares, la colectividad, la sociedad.

Procede que cada individuo en particular realice su vida como parte, y nada más, sometida á la ley de la función viviente en general.

Sócrates.—Fué el primero y más eminente filósofo práctico de la antigüedad.

Predicó la filosofía regida por el norte de la brújula viviente, EL BIEN, y no se contentó con predicar su teoría. Confirmó la teoría con su *práctica personal*. No se le podía pedir más.

Sostuvo polémicas con los partidarios obcecados del bien personal, exclusivo y sin el norte de lo general, saliendo siempre vencedor, y confundiendo á sus contrincantes, hasta el punto de hacerlos decir por su cuenta propia, lo que él quería salvar en la cuenta común del género humano.

Pero, además de discutir en calles y plazas, donde quiera que se encontrara; cuando la Patria lo necesitó, acudió el primero á exponer su vida en las filas de los contendientes, no como jefe ó privilegiado, sino como uno de tantos; y cuando injustísimamente condenado á muerte, pudo acaso salvarse de algún modo, prefirió el veneno, consultando á un *oráculo* (un *demonio familiar*), que era en suma su conciencia propia.

Esta le decía que no era *noble* una defensa ante jueces tan ignorantes y malévolos.

La base fundamental de la *ciencia* socrática era *ignorancia necesaria*; de la cual se había convencido Sócrates consultando á cuantos sabios había hallado á mano, para cumplir el precepto del oráculo de Delfos *nosce te ipsum*.

La contestación al oráculo dada por los sabios, le divorció de toda teoría y acudió presuroso á la *práctica*.

Felizmente encontró en su *práctica* personal un guía segurísimo, un tipo suficiente para guiarle en todas las tortuosidades de la vida.

Su propio sentimiento le sirvió de divinidad (demonio), que reveló á su reflexión lo más oculto en la nebulosa cima de lo *desconocido*, límite indispensable del saber.

Sócrates no analizaba tanto como nosotros lo hacemos, después de Platón y Aristóteles, de Kant y de Renouvier; pero se bastaba á sí propio, para dar á la humanidad un ejemplo digno de imitación por los siglos de los siglos.

En cuanto á su doctrina, la simbolizaba muy oportunamente diciendo, que así como su madre Fenareta ayudaba á las madres á dar á luz á sus hijos, él ayudaba á los hombres á sacar sus pensamientos del *claustró de la ignorancia*.

Hubiera podido extender la metáfora, hasta comparar la generación de las criaturas (conceptos corpóreos) con la generación de los conceptos espirituales.

Sócrates y Jesús.—Sócrates figuró en el mundo como un Jesús profano, y Jesús como un Sócrates santo.

¿Será violento *figurarse* á Sócrates y á Jesús abrazándose, en el cielo al menos del pensamiento humano?

Ambos figuran en filosofía como *práctica* viviente: merecedora de servir de espejo reflexivo (teoría), á toda *práctica* ulterior.

En el espejo de Sócrates y de Jesús, es donde debe mirarse todo aquel que aspire á ver la belleza, la

verdad y la virtud posibles, no ya en el cuerpo, fracción secundaria de la función viviente, aunque fundamental de lo no vivo; sino en el fondo del alma, que es donde recomendaban buscarlas los símbolos antiguos oráculo y esfinge.

Sofisma, del griego *sophizo*, yo engaño.—Sofisma se ha llamado á un argumento hecho con intención de engañar.

Sofista es el que hace este linaje de argumentos.

Mas también puede haber sofistas de buena fe, que se engañen á sí propios.

Intencionado ó no, el sofista es un sabio incorrecto, que se extravía en sutilezas reprobadas por la *práctica*.

Con todo esto los sofistas proclamaron en Grecia una gran verdad: *que todo es relativo y que el hombre es medida de todas las cosas*.

A esta última sentencia debieron añadir, que la medida de cada hombre es *valedera relativamente á sí mismo* y al momento en que la toma.

Sofistas.—Contemporáneos antecesores y sucesores de Sócrates.

Entre los antecesores y los contemporáneos se encuentran muchos, educados bajo los auspicios de la escuela de Elea.

Colocados éstos en el polo sistemático de la vida, donde figura el *ser en absoluto*, debían considerar quimérico é inaceptable, todo cuanto figurara en el polo contrario del *no ser*, de la inestabilidad y del cambio, ó bien entre los dos.

Para demostrar los deslices calificadas de quimeras, partían del no menos quimérico recurso de saponer y combatir una *absoluta negación*, desde la *absoluta afirmación del ser*.

A la *sofística* eleática, antecesora y

contemporánea de Sócrates, siguió, después de Sócrates, la *sofística* fundada en la duda sobre las soluciones absolutas de los problemas discutidos en la Academia y el Liceo.

Sofística, del griego *sophizo*, yo engaño.—El sofisma es argumento que lleva el propósito de engañar, ó al menos de demostrar que algún otro propósito de consignar una verdad carece de realización correlativa.

Las pretensiones absolutas son las que mejor se prestan al sofisma, y el sofista suele acabar asentando que *todo es relativo*.

Por lo que vale el resultado final, pudieran perdonarse los medios *sofísticos*. Mas todavía es preciso no detenerse aquí, sino pasar al estudio de la relación, que tiene por cierto mucho que estudiar.

Sófocles, poeta que en la antigüedad se distinguió en el arte dramática.—El drama, como toda obra de arte, necesita conciliar lo ideal con lo real. Excediéndose en uno ó en otro sentido, se aparta del tipo legítimo que le convendría imitar.

Sófocles alcanzó fama imperecedera, porque fué de los primeros que supieron sentir y ejercitar en sus obras este término medio del arte, equivalente al término medio aquel en que nos figuramos todos los fines legítimos de la vida.

Sol, del radical vedico *svar*, luz.—Astro luminoso y calorífero, que oficia en el cosmos inorgánico, como el sentimiento y la reflexión en el pensamiento.

La función que se realiza en grande entre la tierra y el sol, se realiza en pequeño en nuestros aparatos eléctricos, cuya actividad consiste en la producción de fenómenos físicos y químicos de cualquier cantidad ó ca-

lidad, siempre definidas ó definibles.

Está el sol en el centro y presidencia de nuestro sistema planetario, como está el yo personal en el centro y presidencia de las funciones vivientes.

La aparente combustión solar debe estar con la combustión ordinaria de los elementos terrestres, en la misma relación que el movimiento de los astros con el movimiento de los cuerpos en la superficie de la tierra.

Solar, de sol.—Función del sol.

Luz y calor relativamente á nuestro planeta. La luz indefinida la sombra y define contornos y colores en el espacio. El calor indefinido el espacio y define en el tiempo la fuerza, el impulso que vigoriza á la creación.

Aparentemente, y en relación con el hombre estacionado en el planeta terrestre, el sol circula, nace y muere para cada localidad; tiene un ciclo periódico, como le tiene el sentimiento entre el sueño y la vigilia.

Mas su nacimiento es aparente, porque no le incumbe representarle. Tal representación corresponde en su más alto grado á los seres vivientes. Los inorgánicos pueden representar esta y otras funciones; pero rebajándolas á la categoría de pasivas, en relación con otras que figuran enfrente de ellas como activas.

Soledad, del latín *solitudo*.—Negación de relación.

Quien dice sólo no lo relaciona con cosa alguna.

Se identifica así lo sólo con lo único, con lo simple, con lo absoluto.

Con estos nombres concebimos uno de los polos necesarios de la vida; pero dejamos entonces de concebir el otro, y, por lo tanto, nos mece-mos en una abstracción indiscreta,

que es forzoso abandonar, para vivir concreta y realmente.

Sólido, del latín *solum*, suelo.—Objeto definitivo, que subsiste, que obliga obstinadamente á reconocerle como tal.

Hay cosas y principios ideales tan sólidos en un momento determinado que nada los conmueve.

¿Qué cosa, sin embargo, es inmovible para el tiempo?

Entre lo que se conmueve y lo que no se conmueve, pasamos la vida, aspirando á no conmovernos; que es aspirar á la muerte, al menos en el mundo que nos da transitorio asilo.

Sólido, líquido y gaseoso, son las tres formas, dos extremas y una intermedia, de la función relativamente teórica de los cuerpos inorgánicos; la función práctica correlativa (producción y sobre todo destrucción) es el fuego.

La síntesis funcional posible en lo inorgánico es la función eléctrica.

Solo, del griego *hólos*, cosa entera.—La soledad es triste, á pesar de los que la han alabado porque relativamente tiene sus ventajas.

Lo que está solo, sin relación con cosa alguna, no es siquiera concebible; porque para ser concebido, necesita relacionarse siquiera con el sujeto que concibe.

La relación es la ley común, opuesta á la soledad del fenómeno; y la ley relación necesita ser hecha en una función práctica.

Solon.—Uno de los siete sabios de Grecia, que se distinguió principalmente en la redacción de leyes para la sociedad ateniense.

Las leyes que dió á Atenas fueron diferentes de las que Licurgo dió á Esparta. Estas propendían á robustecer el poder militar, y por consiguientemente

te la disciplina y el mando de uno solo. Las de Atenas, en conformidad con el espíritu de sus ciudadanos, propendían más bien al cultivo y á la libertad del pensamiento.

De aquí la disconformidad, que hubo de notarse, en las historias política y literaria de ambos pueblos.

Reunidos, sin embargo, los diferentes elementos de la sociedad helénica, constituían una organización respetable para los pueblos menos fecundos en autonomía é iniciativa, respecto de los fines propuestos en general á toda asociación humana.

Soltero.—Análogo á solo, aislado, abstraído, absoluto.

Los polos de la vida son *dos solteros*, que relacionándose en *santo matrimonio*, engendran la vida misma de que son polos indispensables; con todo su contenido, teórico, práctico, esencial y accidental.

Solución, del latín *solutus*, suelto, desatado.—La buscamos á los problemas de la vida, sin que á menudo la podamos encontrar.

El tiempo lo resuelve todo mal ó bien, y no falta quien confíe más en el tiempo, que en su propia actividad para resolver los conflictos.

Disuelve el tiempo en sus entrañas, como el agua en las suyas, lo definido en el espacio.

Soluciones físicas y filosóficas.—Función de disolver.

A fuerza de disolver físicamente, se llega á lo impalpable y hasta invisible.

Disolviendo idealmente va desapareciendo toda idea, hasta rayar en la absoluta negación ideal.

Bueno es en la vida disolver moderadamente, y sobre todo disolver dificultades y obstáculos para vivir.

En esto consiste la solución, enten-

dida como conclusión de un silogismo.

El escepticismo resuelve las dificultades envolviéndolas en una negación común, poseído como está por la manía de negar.

No basta disolver para vivir física ni intelectualmente. Disolviendo relaciones mal hechas, hay que reemplazarlas con otras mejores, para obtener una buena teoría.

Y no es esto todo: aun falta la práctica correlativa, de la cual hay que tener conciencia: porque ella es la madre de las teorías mismas que le sirven de tipo.

Somático, del griego *soma*, cuerpo.—Lo que pertenece al cuerpo. Algunos médicos, los más, en la época presente, incluyen entre las pertenencias del cuerpo todos los fenómenos de sentimiento y de pensamiento, porque suponen que la causalidad legítima y verdadera es la corpórea, y que la atribuida al espíritu es ilusoria y falsa.

Según ellos, si son lógicos observadores de sus principios, nada vale, nada hace el pensar las cosas; ni siquiera el pensamiento se da á sí propio la forma que le distingue. La forma del pensamiento ha de ser de grado ó por fuerza, la de la piedra ú otro cuerpo inerte.

Sombra, del sánscrito *sombhas*, nube que estorba.—El no ser exterior desde algún punto de vista.

En la sombra se revela el ser exterior por la resistencia.

La luz, negando la negación exterior, lo indefinido que aparece como sombra, objetiva el espacio; como se objetiva á sí propia la negación de todo lo definido en el sujeto que siente.

Es preciso que el que siente se convenza de que, al sentirse á sí propio, siente su sombra, y no objeto al-

guno que oponga resistencia á su autonómico ejercicio.

Somnambulismo, del latín *somnus*, sueño, y *ambulare*, andar. — Ejercicio de las funciones que objetivan á su modo el sentimiento y el pensamiento, en ausencia del sentimiento y del pensamiento relacionados con la objetividad actual.

El somnábulo ejecuta maquinalmente algo exterior, que está ya acostumbrado á ejercitar; su conciencia está dispuesta para representar la *comedia* de la vida, y dormida sólo en cuanto al sentimiento de su propia actualidad.

Se produce artificialmente el somnambulismo, dominando la espontaneidad del pensamiento bajo la influencia *sugestiva* de otro pensamiento.

Sondear, de sonda. — Usar la sonda.

Ejercicio práctico, mediante el cual se simboliza la función del pensamiento, que consiste en inquirir relaciones utilizables para la solución de un problema.

Sondeamos el pensamiento de otro, para obtener probabilidades de que adivine el nuestro y se conforme con él; ó no llegue á adivinarle si se le queremos ocultar.

Sonido, del sánscrito *svan*, resonar. — Mecánica traducida en sentimiento.

Se demuestra fácilmente que el sonido consiste en vibraciones del aire ó de otro cuerpo, lo que no se demuestra es cómo se le siente.

El sentimiento ha de ser una determinación íntima, espontánea, de lo indefinido; enfrente de toda determinación definida, inclusa la de las vibraciones sonoras.

Soñar despierto. — Soñamos

despiertos cuando nos reconcentramos en la vida ideal olvidando la real correlativa.

Este sueño, ó más bien ensueño, tiene por base la ignorancia, que es el sueño profundo del saber.

El sueño profundo es ausencia de saber y de sentir. Esta ausencia es temporal en el hombre, que vive con sus tres vidas, y deja de vivir en una ó en dos de ellas.

Entre el sueño profundo y la vigilia está el término medio: ensueño relativamente real.

El ensueño ideal es término medio entre lo conocido y lo desconocido, entre el hombre y Dios.

Aquí es donde brotan los grandes sentimientos, las inspiraciones geniales, religiosas, poéticas y artísticas, así de carácter poético como mecánico é industrial.

Entre los más importantes tipos de soñar despiertos que pueden citarse en el mundo ideal, merecen citarse en primera línea Cervantes y Calderón de la Barca.

Sopor, del sánscrito *svap*, dormir. — Sueño profundo, del que no se despierta con regularidad como de otros sueños.

El sueño, eclipse de la conciencia, como la sombra lo es de la luz, debe producirse en la vida humana: 1.º con intermitencias regulares entre los instantes que en serie continua hacen la duración y, 2.º en los límites de la gran intermitencia que media entre el nacer y el morir.

Ni esta gran intermitencia, ni las intermitencias diurnas, lo son de absoluta vigilia, ni de absoluto sueño, sino de términos medios de diversos matices.

Hay á manera de un sopor relativo en aquellas inteligencias que no

se reconocen á sí propias como vivientes.

Por fortuna este sopor es como un somnambulismo; que permite ejercitar desembarazadamente todas las funciones humanas.

El somnábulo en tal sentido puede no echar de menos el sentido que le falta; pero funcionaría con más seguridad si despertara por completo.

Soportar, del latín *sub*, bajo, y *portare*, llevar. — Se soportan las cargas materiales; se soportan asimismo los sufrimientos y males de las vidas corpórea y espiritual.

Hay muchas cosas que no se pueden soportar. Entonces hay que descargarlas en el suelo de la paciencia, y no impacientarse en términos de echarse encima otras cargas, acaso peores que las que antes parecían insoportables.

Sordomudo. — El sordo de nacimiento oye al menos íntimamente, percibe la pulsación de su vida íntima, *siente correr* su existencia. Pero esta función íntima no se mediatiza en él, como exterioridad correlativa en la función de oír.

La función de oír exteriormente, correlativa con el tiempo, se sustituye en el sordomudo por la de *ver* en el espacio y en último término por la del tacto.

A cualquier función externa, tanto en el sordomudo como en el hombre ó en el animal provisto de todos los sentidos externos, ha de agregarse el *sentido íntimo*, que en el hombre se eleva á *función reflexiva*, corona y fin de todo lo posible dentro de los ámbitos humanos.

Sorites. — Llamábase así en la antigüedad griega un sofisma que aspira á demostrar la posibilidad de incurrir en un absurdo, con sólo optar

por la diferencia ó la identidad, respecto de dos cosas, entre las cuales no media la distancia de un cabello.

«¿Es calvo ó no es calvo un hombre porque le falte ó le sobre un pelo en su cabeza? ¿Cuál es el momento justo en que un hombre no calvo empieza á ser calvo?»

El recurso de la relatividad es el único que puede salvar en casos como éste. Las preguntas hechas en absoluto no tienen contestación racional.

No puede haber distinción más profunda que la concebida entre un ser vivo y un muerto, y, sin embargo, ¿cuál es el momento preciso del cambio de un estado á otro? ¿Cuál es el signo aparente que, fuera de los estragos del tiempo, distinga en el espacio un ser que vive de otro desprovisto de vida?

La duda es en todo y para todo constantemente permitida, sin que puedan desvanecerla más que datos acumulados en número suficiente, y siempre en relación con el sujeto que emite el juicio, *para él* definitivo.

Sortilegio, del latín *sors*, suerte, y *legere*, leer. — Pretendido artificio para influir en el porvenir de una persona.

Sin misterios ni supersticiones, no hay acontecimiento que se refiera á un hombre y no influya en su porvenir. Determinar enteramente el porvenir es lo que excede á todo *poder humano*.

Sosiego, del latín *sub*, bajo, y *sedare*, calmarse. — Término medio entre el descanso y la acción.

Es lo más conveniente en el mundo: trabajar con cierto descanso; descansar sin dejar de trabajar de otra manera.

El que duerme trabaja nutriéndose vegetativamente.

El que se nutre vegetativamente necesita, para ser *hombre*, trabajar en el pensamiento *propio*. Cualquier cosa, para ser algo, necesita que trabaje el pensamiento ajeno.

Pero el extremo trabajo es tan pernicioso como el extremo descanso. Lo que conviene es trabajar sosegadamente, y sosegar sin dejar de trabajar en algo.

Spencer (Herbert), filósofo inglés de fines del siglo XIX, creador de la llamada *Filosofía de la evolución*. Procura esta doctrina reemplazar la experiencia del individuo por la experiencia de la especie (asociación de individuos), y las asociaciones inseparables (leyes inmóviles) por hábitos hereditarios.

La inteligencia—dice Spencer— es una *función de la vida*, y como la vida misma es una adaptación más ó menos exacta del espíritu á su medio, constituye una armonía, una adaptación, en sentido progresivo, del espíritu á su medio. La actividad del pensamiento no se separa de la actividad del órgano cerebral. Dos ideas que se asocian equivalen á una asociación de dos células cerebrales. Estas conexiones responden á las impresiones y á sus relaciones en nosotros, y á los fenómenos y sus relaciones fuera de nosotros. La herencia es una ley de la vida. A medida que se suceden las generaciones, se modifica el cerebro humano; se transforma y expresa cada vez más por su organismo, ciertos principios que responden á las leyes generales de las cosas. Leibnitz tenía razón contra Locke: «Hay en el espíritu algo innato»... Este algo innato se explica sin duda por Spencer como herencia fisiológica de células pensantes.

De acuerdo está la ciencia viviente

con Spencer en que la inteligencia sea una función de la vida. En lo que no lo está es en el concepto de la vida misma.

Esas *respuestas* que dan las células cerebrales á las preguntas del pensamiento, no son las que *en absoluto* hacen vivir al pensamiento mismo. Si contribuyen á su vida es dándole cuerpo exterior accesible al tacto y á la vista.

Por lo demás el pensamiento vive en virtud de su propia autonomía, y esas mismas células cerebrales, que el anatómico ve con sus ojos, y aun toca con sus manos, viven también autónomamente, en virtud de una causa indefinida é indefinible en teoría; pero que se define en la práctica al realizarse algo procedente del porvenir, representado por un sujeto en el momento mismo de hacerse presente y en correlación con los ausentes (*antes y después*).

Todo es cuestión de relaciones, y de relacionar exactamente.

Sea la vida el término medio entre los polos definido é indefinido; sea Spencer el que la relacione con el polo definido. Agréguese la relación con el indefinido y el equilibrio entre ambos puntos de vista; y completaremos el concepto legítimo de la vida que emana de la ciencia viviente.

Speusipo.—Discípulo de Pitágoras, que, sin embargo, trató de relacionar á su maestro con Platón y con Aristóteles, confeccionando una doctrina, que tenía puntos de contacto con las demás reinantes en su tiempo.

Stewart (Dugald), filósofo inglés de los siglos XVIII y XIX, que en sus *Elementos de la filosofía del espíritu humano* continuó las tradiciones de Reid.

Reid y sus sucesores Stewart y Hamilton pertenecieron á lo que se ha llamado *Escuela escocesa del sentido común*. Esta escuela aspira á ser eminentemente práctica, como lo es de suyo el genio inglés. Consecuencia natural es que se exceda á menudo, en el sentido á que inclina la balanza de la razón manejada por manos egoístas.

El sentido común se olvida á menudo de la *relatividad de todas las cosas*, y asienta como verdades indiscutibles, opiniones muy discutibles á la luz de un sano criterio, fundado, así en la teoría práctica, como en la práctica teórica de la vida.

Stilpon, filósofo de Megara que figuró como el último de su secta.—La escuela de Megara se propuso conciliar la doctrina de Platón con la de Parmenides; el *bien* de Sócrates con el *uno* de los eleatas, que todo lo inmovilizaba en la consideración del ser único y absoluto.

Equivaldría esto precisamente á inutilizar toda la labor práctica de Sócrates, ó toda la labor dialéctica de Platón.

Las academias de Megara, de Elis, de Cirene y de Eretria, con el pretexto de mejorar la doctrina del maestro, no hicieron más que desfigurarla y llevarla á la perdición. Unos la quisieron práctica, socrática, prescindiendo de la teoría correlativa (dialéctica); otros, dialéctica postergando la práctica; otros, en fin, preferían con Arcesilao, atenerse á la duda socrática exagerada hasta el exclusivismo.

Stilpon, de acuerdo con Euclides, consideraba como *mera apariencia* toda multiplicidad, condensando todo, verdad y virtud, práctica y teoría, en un sólo principio, en *Dios*. Creyó como Menedemo en la realidad de los

atributos; sosteniendo, por ejemplo, que el bien no puede ser útil, porque útil es distinto de bueno, y lo que es distinto no puede ser simultáneamente idéntico.

Si Stilpon y Menedemo hubieran emprendido el camino de la *relación*, tan necesario para todo lo posible, habrían caído en la cuenta de que *relacionar* consiste precisamente en *identificar* y *distinguir* simultánea y sucesivamente.

Straton, filósofo del siglo III antes de Jesucristo, posterior á Platón y Aristóteles, que, apartándose de las enseñanzas de la Academia y del Liceo, inauguró las que habian de servir de teorías á las nuevas asambleas en el Pórtico.

La doctrina de Straton es casi exclusivamente materialista. Solo conservó para las necesidades morales de los estoicos, un leve soplo de idealismo y de autonomía subjetiva, y aun ese, como procedente de una materia que se consideraba activa de suyo y sin necesidad de ajena intervención.

Facilísima, aunque íntimamente contradictoria, es la suposición de una materia activa, absoluta (es decir, *separada* de algo más comprensivo) y, sin embargo, *comprensiva* de ese algo más comprensivo que necesita excluir para ser materia absoluta (separada de algo).

¡A cuántos pensadores no ha ilusionado, é ilusiona todavía, esta contradicción íntima, inadvertida por el sujeto que incurre íntimamente en ella!

Como era consiguiente, Straton consignó que todas las *realidades* son objetivas, y que aun el alma es un *espíritu caliente*, coherente á la totalidad del cuerpo, que se exhala del

mismo como el vapor del agua hirviendo.

En vano es después de esto, que se hable de ese *vapor* como de una *imaginación* que sirve de base al pensamiento directivo del hombre; siempre será en última instancia una secuela del cuerpo que le exhala.

Subjuntivo, sub-juntivo, que va siempre unido con otro. — Modo del verbo que se distingue de lo indefinido (infinitivo), de lo indicativo (definido incondicional) y de lo *imperativo* (definido como ley).

Es función sometida á alguna condición. Se encuentra en ella expresa la posibilidad, que sólo se implica tácitamente en las indicaciones de lo presente, lo pasado y lo porvenir, en lo meramente indefinido y en lo definido como ley.

Todo esto puede referirse de igual modo á las dos formas activa y pasiva del verbo (acción y pasión, voluntad y deseo, definición é indefinición).

Sublime, del latín *sublimis*, elevado. — Lo que se eleva á las alturas.

Elevar el ánimo los grandes pensamientos, las generalidades más amplias y bien sentidas.

Le deprimen, por el contrario, los pensamientos pequeños, como si gravitaran hacia el centro común del Universo.

Lo sublime ennoblece al hombre, tanto como lo bajo le envilece. Hay, sin embargo, quien prefiere andar por la tierra en prosa, á elevarse poéticamente en el globo más poético.

Sublimidad, de sublime. — Género de lo sublime.

A lo sublime se contraponen lo grotesco.

¿Es posible que linden entre sí cosas al parecer tan contrarias?

A lindes de este género llevan siempre los excesos.

Nada más sublime que el bien sencillo, espontáneo, brillante en su ingenuidad y desposeído enteramente de todo concepto alambicado, de toda otra mira, de toda otra intervención científica ni brutal, que no sea bien puro, bien universal, gratuito, sin la menor mezcla de egoísmo ó falsificación. Mas no suele el bien aparecer á menudo en forma tan cercana á lo absoluto.

El hombre, dotado de más elevados sentimientos, el más sublime comparado con otros, incurre á veces en excesos que, si no grotescos, son por lo menos ridículos, y reprobables ante el examen imparcial y severo de la razón.

Y, por el contrario, el personaje más grotesco es capaz en su pensamiento, de los rasgos más sublimes; puede ostentar la más brillante salud así en el espíritu como en el cuerpo.

Ni aun el malvado mas empedernido está condenado á carecer de buenos y hasta sublimes impulsos en el fondo de su conciencia.

Subordinación viviente. — La cantidad está subordinada a la calidad en la síntesis viviente.

En el mundo inorgánico las partículas (triángulos del esquema de la vida) están simplemente coordinados con lo indefinido (fondo blanco del esquema, así por dentro de los triángulos como por fuera del círculo comprensivo de todos los triángulos).

En la función viviente está subordinado todo lo comprendido en la zona de triángulos á la función que se ejercita desde lo blanco (lo general, lo lógico). La que se ejercita en la zona de triángulos es siempre pasiva en relación con la otra.

La calidad (lo blanco) es la que manda; porque es y hace la ley, relativamente á la cantidad (formas triangulares) La cantidad tiene fuerza definida, que obedece á la indefinida durante el ejercicio de la vida.

La lógica se ejercita en lo *universal*; las matemáticas giran siempre dentro del límite máximo y mínimo cuantitativos.

El sujeto, calidad, *absuelto* de toda cantidad numérica, es el objeto de la lógica pura, que se relaciona con lo matemático ú objetivo, comprendiéndolo, subordinándolo, sin que lo matemático le comprenda á su vez dentro del tipo que se labra á sí propio el pensamiento viviente.

Subordinar. — Determinar un orden superior á otros.

Los géneros subordinan á las especies, y éstas á las diferencias individuales en el orden lógico; así como las diferencias individuales subordinan en cierto modo á las especies y á los géneros definidos lógicamente, por la libertad con que se producen.

Para que de subordinaciones contrapuestas resulte armonía, se necesita un orden común, término medio (coordinación).

Subsistencia, del latín *subsistere*, estar. — Subsistencia vale tanto como substancia, si se le da un sentido absoluto. A ella se contraponen la insubsistencia.

Subsistencia é insubsistencia en absoluto son polos contradictorios imposibles. La relación da un término medio posible: la vida.

Todo lo subsistente es relativo á un correlativo insubsistente.

Subsistencia absoluta sería la del que se convirtiera en la estatua de Condillac. La relativa es la del *yo*, que se *siente* reproducido, y siempre sub-

sistente, en una serie de momentos; relacionado, además, con multitud de subsistencias particulares, ajenas á la suya, á las que agrega otras nuevas y espontáneamente representadas en los horizontes del porvenir.

Substancia, substancia. — Lo que está debajo.

Gran realidad y gran quimera. Por querer serlo todo se hace nada. Sólo se hace algo renunciando á serlo todo.

La substancia, lo absoluto entronizado desde los tiempos de Aristóteles, concepto abstracto, nacido en las entrañas del pensamiento objetivado para sí propio, ha sido la base asentada en el principio de no contradicción, sobre la cual se han levantado sin obstáculo y sin protesta eficaz los más contradictorios sistemas.

¿Quién se hubiera atrevido hace algunos siglos á discurrir dogmáticamente prescindiendo de la substancia de las cosas? El mismo Kant conservó la substancia al lado de los fenómenos y de las leyes, sin saber qué hacer de ella.

Hegel la recogió para levantar un monumento, más alto y austero que sólido y duradero.

Se ha entendido por substancia el ser sin dejar de ser, invariable, perpetuo, fondo común de todas las cosas; y á este concepto personal, vago, transitorio como un soplo de viento, se ha asignado caprichosamente una realidad *fuera del sujeto*, á la que el sujeto mismo no puede llegar exteriormente.

¡Ilusión apenas concebible una vez abiertos los ojos á la luz! ¡Ilusión que sin embargo, ha ofuscado por tanto tiempo á los más eminentes ingenios!

No hay substancia absoluta, ó lo que tanto vale, la substancia absoluta